



**ARTE Y LITERATURA**

# La poesía del Frente Nacional\*

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ\*\*

## 1. Del nombre y la época

Voy a referirme a la poesía de los colombianos nacidos entre 1940 y 1955, aproximadamente, y escrita en las décadas de los años sesentas y setentas, que en política nacional corresponden, de manera casi exacta, al período del Frente Nacional. En ese lapso de paridad burocrática entre liberales y conservadores, se alternaron en la presidencia de la república, Alberto Lleras, Guillermo León Valencia, Carlos Lleras y Misael Pastrana, de 1958 a 1974. Entre 1974 y 1978 comenzó a desmontarse el sistema de paridad y alternación bajo la presidencia de Alfonso López M., sin que el Frente Nacional se agotara. Y en esos veinte años (1958 - 1978) tuvimos un movimiento poético con cara de escuela, el nadaísmo, y luego una gran orquestación de matices cuyo origen fue la oposición al nadaísmo. Esta última disyunción ha servido para que algunos llamen a la poesía posterior al nadaísmo, poesía post-nadaísta. Se rehuye el nombre del Frente Nacional, marco político-temporal, en el fondo, para evitar connotaciones sociales, y se cae en el peligro inmenso de sucumbir bajo el peso de los movimientos

---

\* *Ensayo leído en la Universidad de Washington en St. Louis, USA., en el "Simpósio Internacional sobre Literatura e Historia de Colombia Siglo XX", en marzo de 1985.*

\*\* Abogado. Escritor. Crítico literario. Director del Taller de Escritores de la Universidad Central, miembro de la Unión Nacional de Escritores UNE.

"post", foso de escuelas y movimientos en la historia de la literatura caracterizados por falta de personalidad y por su naturaleza "anti" frente a sus inmediatos antecesores<sup>1</sup>. En nuestro caso, si bien es cierto que en un principio los nuevos poetas rechararon al nadaísmo, a la postre no solo cada quien pensó más en su propia poesía —que en hacer antinadaísmo—, sino que del nadaísmo algunas notas se heredaron. Por eso, como en narrativa, he preferido llamar a esta poesía, del Frente Nacional.

## 2. Su historia

Para principios de los años sesentas todos quienes habíamos nacido en la década del cuarenta, eramos hijos de la violencia. A ella el nadaísmo había respondido con su escándalo nihilista. Los siguientes grupos o poetas —mientras surgía otra clase de violencia en el país— optaron por máscaras menos evidentes. La paz convenida del Frente Nacional y la reacción inicial contra el nadaísmo coincidieron con un repliegue de los nuevos poetas.

En 1961, *Giovanni Quessep* (31 - XII - 1939) publicó su primer libro, *Después del paraíso*, y Nelson Osorio Marín (1941), *Cada hombre es un camino*, en 1963. El primero era heredero de "José Asunción Silva, Las mil y una noches y la Divina Comedia". El segundo, del Quijote y Corín Tellado, del refranero popular y del catecismo Astete, del Llanero Solitario y de Fidel<sup>2</sup>. Pero el desenfado de Osorio Marín, suma de ironía, humor y crítica social, no sería la corriente mayoritaria en las dos décadas siguientes; sería la de Quessep, tenue y melodiosa, esquiva y apretada de sueños.

De ahí en adelante la historia de la poesía se desarrollará con alguna desenvoltura. En diciembre de 1967, el día 3, después de recitales casi clandestinos, de tertulias y deserciones universitarias, apareció en público un grupo seleccionado y presentado por Alvaro Burgos en "Lecturas Dominicales" de *El Tiempo*, bajo el titular del cual se desprenderá su tarjeta de identidad, "Una generación busca su nombre". Lo integraban: William Agudelo, David Bonells,

---

1. Cfr. "Antipoesía conversacional en Hispanoamérica", en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, de Roberto Fernández Retamar.

2. Cfr. *Oficio de poeta. Poesía en Bogotá*, comp. de Rosa Jaramillo, Bogotá, Universidad de San Buenaventura, 1978, pp. 148, 162.

Augusto Pinilla, Henry Luque, Alvaro Miranda, Darío Jaramillo, Elkin Restrepo, Juan Gustavo Cobo, Hernando Socarrás, Hernán Botero, Mario Madrid Malo, Fernando Cruz, Jorge Humberto Botero y Jorge Alberto Molina. Cinco de los catorce, publicaron, tres años después, en 1970, un libro antológico, titulado *¡Ohhh!*, nada más (y nada menos). La idea había sido de Henry Luque. "Un buen día dijo Luque vamos a hacer un libro para que tengamos de qué arrepentirnos y entonces salió esto"<sup>3</sup>. También en 1970, se publicó en España, *Antología de una generación sin nombre. Últimos poetas colombianos*, dedicada a Aurelio Arturo, con ocho autores: los cinco de *¡Ohhh!* (Cobo, Jaramillo, Luque, Miranda y Restrepo), más de tres del grupo original de los catorce: Agudelo, Pinilla, y Bonells. Quedaba, así, configurada "La generación sin nombre", un grupo generacional con afinidades sociales, políticas y culturales, aunque con diferencias estéticas.

Al finalizar el año 1972, apareció en Bogotá el primer libro de Maríamercedes Carranza —así lo escribía ella—, con un título muy dicente: *Vainas*. Allí reunía lo mejor de los cuatro últimos años. Alejado del simbolismo finisecular, el libro convergía en la corriente minoritaria —y mejor calificada— de la poesía colombiana: la de la irreverencia sin poses, el humor con costos, y la comunicación con el mundo exterior.

En ese mismo año se convocó por primera vez el *premio nacional de poesía "Eduardo Cote Lamus"*, auspiciado por el Instituto de Cultura y Bellas Artes de Cúcuta, que en su interrumpida historia ha dado como ganadores a poetas como Mario Rivero, Alberto Hoyos, Jaime Manrique, Darío Jaramillo, Víctor Manuel Gaviria y Jaime Jaramillo Escobar (ex-X-504), cuatro de ellos pertenecientes al gran grupo que estudiamos. Este concurso, por su organización y patrocinio irregulares —como suele ocurrir en Colombia—, fue superado a partir de 1979 con la convocatoria de otro premio paralelo, el de *la Universidad de Antioquia*, que hasta 1983, ha sido ganado por: Juan Manuel Roca, Rubén Vélez, Alvaro Miranda, Liana Patricia Mejía y Jaime Jaramillo Escobar (ex-X-504).

---

3. Isafas Peña G., "¡Ohhh!: Darío Jaramillo", entrevista en "Semanario Dominical" de *El Siglo*, Bogotá, 25 - X - 1970.

Otro año importante para la nueva poesía fue 1983. En él aparecieron *tres revistas*, dos de ellas dedicadas exclusivamente a la poesía: "*Acuarimántima*", en Medellín, dirigida por Elkin Restrepo, José Manuel Arango y Jesús Gaviria, y "*Golpe de dados*", en Bogotá, dirigida por Mario Rivero, Fernando Charry Lara, Giovanni Quessep, Jaime García Maffla, Hernando Valencia, José Emilio Pachecho y Julio Ortega (los dos últimos, del exterior). Cada cual nace con su símbolo: la primera viene con una separata dedicada al poeta austríaco Georg Trakl (1887 - 1914), en traducción de Arango; la segunda, con poemas de Aurelio Arturo, Rivero, Alexandre y Pachecho, y con un nombre que toman del verso Mallarmé, "Un coup de dés". La tercera revista fue "*Puesto de combate*", dirigida por Milcíades Arévalo, y destinada a servir la poesía y la narrativa jóvenes del país y del continente.

No obstante, el movimiento poético fluye sin escuelas ni manifiestos sin grupos definidos. Se organizan *recitales* y *ciclos de poesía* (en 1978, Rosita Jaramillo y la Universidad de San Buenaventura publicaron el libro *Oficio de poeta*, resultado de un gran ciclo con 23 poetas, 12 de ellos jóvenes, entre ellos Samuel Jaramillo, Santiago Mutis, Mario Camelo y Jaime Aljure; y en 1983, *El Centro Colombo-Americano* editó cuatro volúmenes de *Poesía colombiana contemporánea* de otro ciclo dirigido por Fernando Ayala, con once poetas, ocho de ellos de estas dos décadas, incluidos los nombres de Armando Orozco y Jorge Marel; se publican plegables, revistas mimeografiadas, hojas volantes, plaquetas, pequeños libros muy personales. Los poetas cada día salen menos a las librerías y llegan menos a los suplementos dominicales; en cambio, cada día entran más por las rendijas de las puertas y por las registradoras de los buses. Cada quien ahorra para publicar su primer libro. El fenómeno de la abundancia poética no es sólo colombiano, bueno es decirlo. Es latinoamericano. Gabriel Zaid publicó en México en 1971, su *Omnibus de poesía mexicana*, y en 1980 un gran volumen, *Asamblea de poetas jóvenes de México*, con estos datos escalofriantes y alentadores: en la década del 70 surgieron alrededor de 600 poetas en México, de los cuales su antología recogió 164 nacidos entre 1950 y 1962.

Entre 1974 y 1975 aparecieron *dos selecciones* y *una antología* de poesía. La *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*, con estos nombres nuevos (distintos a los ya citados): Gloria Inés Arias, José Manuel Crespo, Luis Aguilera, y Paula Gaitán. Una selección de *50 años de poesía colombiana (1924 - 1974)*, de Néstor

Madrid Malo, con 56 nombres, 7 de ellos jóvenes. Y *Poesía joven de Colombia*, de Gilberto Abril, fue editada en México, incluye a 12 poetas, entre ellos el compilador y Joaquín Peña Gutiérrez. Seis años después, en 1980, Germán Espinosa publicará *Tres siglos y medio de poesía colombiana*, con 60 nombres, 8 de ellos del grupo que vengo historiando, y en 1981, veremos *Poesía colombiana 1880 - 1980*, de Juan Luis Panero, una selección de 22 nombres, 3 de ellos jóvenes.

Al cierre de la década del 70, "La generación sin nombre" se ha disgregado (si es que alguna vez su inicial ¡Ohhh! significó un coro solidario). En 1980, Cobo Borda publicó su *Album de poesía colombiana*, en Colcultura. En él aparece —entre 25 poetas— solo un nombre de su generación, el de Giovanni Quessep, más dos nadaístas, Eduardo Escobar y Jaime Jaramillo. Los jóvenes habían entrado en su otro *Album de la nueva poesía colombiana*, editado en Venezuela en 1981, aunque estaba hecho mucho antes. En este último incluyó a 37 autores nacidos entre 1935 y 1958, un margen temporal tan grande que produce el efecto contrario al propuesto: el de dejar muchísimos poetas jóvenes por fuera. Entre el mayor de ellos, Darío Ruiz, hoy con casi 50 años, y el menor, Jaime Aljure, hoy con un poco más de 25 años, median nada menos que 23 años. Una exageración, a pesar de la costumbre colombiana de contar los movimientos por centurias (para algunos es evidente que aún estamos en el costumbrismo y en el modernismo). De todas maneras, en ese album de "jóvenes", leímos a poetas no citados aún en este artículo: Suescún, Miguel Méndez, Manuel Hernández, Fernando Garavito, Raúl Henao, Armando Romero (todos nacidos antes de 1945), Harold Alvarado, Edmundo Perry, Laureano Alba, José Luis Díaz-Granados, Anabel Torres, Helí Ramírez, Alvaro Rodríguez, Aníbal Arias, Amparo Villamizar, Aníbal Manuel Vanegas, y ya estamos con los nacidos a partir del 50, Daniel Winograd, Javier Hernández y Mónica Gontovnik.

Aunque se trataba —por lo visto— de un panorama amplio, varios miembros de una nueva tendencia, que desde 1975 venía gestándose con Juan Manuel Roca a la cabeza, consideraron que toda la poesía anterior, en la línea de la "generación sin nombre", no había significado más que la connivencia con el limbo del Frente Nacional. Se publicó, entonces, en Medellín, una selección bajo el título, *Disidencia del limbo*, con una agresiva nota de Roca. Integraron dicho volumen: Margarita Cardona, Carlos Bedoya, Fernando Rendón, Carlos Vásquez, Gabriel Jaime Caro, Gabriel

Jaime Franco, Eugenia Sánchez, Javier Naranjo, Alberto Vélez, Gustavo Garcés, y Carlos E. Ortiz. Estamos en 1981, y el relevo es evidente. Como en la década del 70, en la cual Cobo Borda escribe y promociona, ahora quien produce la ruptura, Juan Manuel Roca, está a la vanguardia escribiendo y apoyando a las nuevas promociones, y con su asesoría se lanzan otras dos selecciones, esta vez casi desmesuradas. Se titulan *Poetas en abril*, años 1982 y 1983. La primera abarcó 80 "nuevos" y nuevos poetas, entre estos últimos Armando Carrillo, Antonieta Villamil, Angela Tamayo, Edgar Plata, Guillermo Martínez, Gustavo Consuegra, Juan Carlos Moyano, Julián Malatesta, Jaime Prieto, Luz Eugenia Sierra (promotora del gran recital público que dió origen al volumen, y de donde se desprende el título del libro), Luis Eduardo Espinal, Lilia Gutiérrez, Liliana Reyes, Mario Quintero, Rafael del Castillo (director de la revista de poesía "Ulrika"), Ricardo Cuéllar, Rafael Patiño, Raúl Gómez, Yvonne Truque, etc. En el volumen del 83, publicado en Medellín, el número se redujo a 30, algunos nadaístas, más nuevos nombres. Se busca una poesía "que sensibiliza también frente al tono gris de los sucesos", según Luz Eugenia. Fue un bonito libro, con poetas ya citados, más estos: John Jaime Sosa, Ricardo Franco, J. Arturo Sánchez, Luis Fernando Cuartas, Orietta Lozano, Jorge Valencia, Luis Fernando Macías, Wilealdo García, Juan Diego Velásquez, Sergio Vieira, Orlando Gallo, Juan José Isaza, y Aníbal Ospina. Algunos de ellos pertenecieron a los talleres literarios de Medellín, y el más joven es de 1963.

Muchos de estos nombres ya habían sido incluidos en otra selección publicada en Medellín en 1982, *Otras voces*, resultado de una convocatoria pública del poeta Jaime León Castaño, también joven, y quien en compañía con Juan Luis Mejía y Juan José Hoyos, definieron la lista final. Allí quedaron integrados 30 nombres, entre ellos: Clara Lia Pérez, Rubén Darío Lotero, Adriana Llano, Margarita María Arias, Pablo Cienfuegos, Beatriz Eugenia Valencia, Jorge Alberto Espinosa, Andrés Fernando Nanclares, Ana Páez, Hugo Cuervo, Sara Posada, Juan Guillermo Gaviria, Germán Sierra, Alvaro López, y César Castaño.

También en Cali el movimiento poético se concretó en algunas selecciones. La alcaldía de dicha ciudad editó en 1981 un volumen organizado por Carlos Vásquez, *Trabajos poéticos*, con 14 poetas, entre los jóvenes y no citados aún: Tomás Quintero (autor de un

gran libro, *Venid a buscar conmigo la muerte o la libertad*; nacido en 1945 y muerto en 1978), Julio Arenas (autor de *Canto de hoy*, libro premiado después de su muerte en 1973; había nacido en 1944), Laureano Alba, Antonio Zibara, Carmiña Navia, Javier Navarro, León Vallejo, Henry Ortiz, Leida Viveros, Cecilia Balcázar. Y en 1982, se publicó, con prólogo de Marco Fidel Chávez, y con 21 poetas jóvenes del Valle del Cauca, *Poetas escogidos*, entre ellos: Augusto Hoyos, Armando Romero, Noel Cruz, Javier Tafur, Diego Luis Ortiz, Elvira Quintero, Eumelia Borrero, Ernán Ospina, Fabio Arias, Medardo Arias, Román Betancourt. (La selección fue de Aníbal Arias).

La *Costa Atlántica* del país, aunque en menor grado, también colocó sus nombres en la poesía de las dos décadas del Frente Nacional. Quizás los más conocidos fueron: Jaime Arturo Martínez, Gustavo Tatis, José Luis Hereyra, Roberto Montes, José Ramón Mercado, Diomedes Daza, Cristóbal Valdelamar, Joaquín Mattos-Omar, Federico Santodomingo, Jorge García Usta, Jaime de la Hoz, Javier Moscarella, Lya Sierra, Lydia Salas, y *David Pineda Salazar* (ganador del último premio de poesía de "El Túnel" de Montería, en 1984).

Finalmente, de 1965 a 1980, se publicaron unos 120 libros de poetas nacidos después de 1945. Y en una encuesta pública de 1982<sup>4</sup>, estos poetas resultaron privilegiados en el escalafón de los lectores, en su orden: Juan Manuel Roca (1946), María Mercedes Carranza (1945), Juan Gustavo Cobo Borda (1948), José Luis Díaz Granados (1946), Darío Jaramillo Agudelo (1947), Guillermo Martínez (1952), Víctor Manuel Gaviria (1955), y Hernando Socarrás (1954).

### 3. Algunos rasgos

He corrido el riesgo —siempre lo he corrido— de tratar de totalizar el máximo de nombres. Es evidente la amplitud de su número. Muchos más que los narradores del mismo período. Tan grande que los suplementos literarios y los críticos, apáticos a la poesía en los últimos lustros, debieran volver sus ojos sobre este fenómeno. Pero quisiera, ahora, hablar de otro posible. De los rasgos ca-

---

4. Cfr. "Magazín Dominical" de *El Espectador*, Bogotá, 5 - IX - 1982.

racterísticos en algunas de estas corrientes poéticas del Frente Nacional.

La poesía colombiana ha sido monotemática y monorrítmica, en términos generales. *Hace unos seis años, escribí una conferencia* para aludir a esa tendencia paquidérmica, y en ella dije que la nuestra era la poesía de las tres efes: fatua, fúnebre y funesta. Y sigo creyéndolo, aunque los desertores, no muchos, sean rotundas excepciones. A esa herencia no escapó esta generación que se levantó en las dos últimas décadas —bajo peculiares condiciones socio-políticas, que analicé ya en otro texto para referirme a la narrativa del 60 - 70<sup>5</sup>—, no obstante haberse vinculado a poetas como Mallarmé, Trakl, Borges, Paz, Parra o Vidales, o a pintores como El Bosco o Chagall, o al cine y la narrativa latinoamericana, sin que con ello signifique que el cotidianismo, el exteriorismo y el intimismo, la metafísica o la antipoesía, no los permeara en algunos momentos. Quiero decir que de nuevo tuvimos las rotundas excepciones, y en la regla general continuamos con las tres efes. En concreto, pienso que los rasgos característicos de las principales corrientes de aquella que fuera llamada, también, nueva poesía colombiana, se pueden compendiar en estas notas:

- a. *Apoliticalidad*. Una inmensa mayoría de los poetas de estas dos décadas permanecieron alejados de los partidos políticos. ¿Causas? Podrían ser:
  1. El Frente Nacional neutralizó la lucha bipartidista con el propósito de poner fin a su propia violencia, sin dejar una tercera alternativa. Y todos resultamos estigmatizados: huímos de la política para no mancharnos de violencia ajena.
  2. La división internacional de la izquierda en 1960, más el incremento de la tesis de "los dos imperialismos" hacia los años setentas, restó fundamentos a los poetas y escritores para militar en los partidos no tradicionales. Y surgió una modalidad desconocida antes: la de tener posición política pero sin partido. Contradiciendo sus propios postulados, según los cuales la literatura no depende de la política ni de la ideología, muchísimos poetas rechazaron la militancia

---

5. *La narrativa del Frente Nacional*, Bogotá, Universidad Central, 1982.

partidista para mantener su independencia literaria. Y se produjo una curiosa y firme homologación entre la realidad sociopolítica —referendada con un porcentaje mayor al 70% de abstención electoral en el país para dicha época— y la escritura poética apolítica del mismo período.

No creo errar en mayor grado si digo que esa mayoría de poetas apolíticos suscribirían estas palabras de Darío Jaramillo, publicadas en la "Gaceta", No. 36, de Colcultura, en 1981: "En mi poesía, entonces, estaría contento si encontrara las palabras exactas y el calor exacto para expresar la vida como la vive, la siente, la ve, la huele y la palpa un hombre al que le gusta la vida, que le agradece los amores que le ha regalado, que no tiene ninguna idea qué predicar, ninguna institución qué defender, que desconfía de toda forma de poder y de toda idea preconcebida, y que ha vivido haciendo preguntas y tratando de ser feliz en un mundo que percibe con confusión, con curiosidad y también con incertidumbre". Los demás, la minoría, no irían más allá de lo aseverado hace poco por Juan Manuel Roca ("El Mundo Semanal", Medellín, 11 de febrero de 1984): "Yo me he mantenido al margen de militancias partidistas, pero eso no hace de ninguna forma que no tenga una actitud política frente a las distintas coyunturas a las que está abocado el mundo moderno". Por lo demás, no debe olvidarse, que el alejamiento de los escritores de los partidos tradicionales obedeció, también, al crítico derrumbamiento de los mismos en la apertura de los años ochetas.

- b. *Valores cívicos.* Los primeros poemas de "La generación sin nombre", los de Cobo Borda, Henry Luque, Alvaro Miranda, en cierta forma los de Jaramillo Agudelo, demostraron una gran capacidad para ironizar los modales de la clase media y la gama de valores tradicionales del civismo colombiano. Una burla asordínada, alimentada por el humor que antes sólo habían manejado poetas como Silva, López, Vidales o De Greiff, rondaba aquellos poemas. Pero esta nota fue desapareciendo con el tiempo. Esa desmadejada crítica —muchas veces autocrítica—, con los años se convirtió —al menos en el caso de Cobo— en la imitación del cinismo monarquista de Alvaro Mutis, que el gran poeta ejerce con esplendor (por fuera de su poesía) gracias a su ecumenismo y vitalidad, pero que en un epígono raya muchas veces con lo ridículo. Cobo,

sin embargo, repito, activó esa poesía libre, de una fina mordacidad, antiacadémica, que no siempre comprende el lector colombiano; y alejado de las influencias españolas —que él llegó a criticar en otros compañeros suyos—, con el tiempo ha construido (ya quisiéramos que fuera sin Mutis y sin Paz) su propio reino, como diría su Enrique Molina.

Esta veta fue explorada por poetas como Nelson Osorio, aún antes de los ya mencionados, y por otros pocos, luego: Carranza, Montes, Nanclares, Mercado, Aníbal Arias, Aníbal Manuel, entre otros.

- c. *Publicidad y consumo.* El derrumbe de los valores cívicos aconteció en el mismo momento en que la publicidad, monstruo de siete cabezas, con sus técnicas modernas, se apoderó del país. Y esta circunstancia propició algunas innovaciones en el léxico, el tono y el ritmo poéticos. El libro que mejor expresó esta modalidad fue el de María Mercedes Carranza, *Vainas*, de 1973. Con un desenfado sin sordina, nada de rictus nadaístas, quizás con una pizca de la antipoesía que se hacía por aquellos días, sobre todo con la pujanza suya, este libro anidó la ironía y el humor en el mundo más próximo a la juventud de los setentas: el de la publicidad que conducía a la vorágine del consumismo de todas las clases sociales colombianas. Sus nuevas armas expresivas llegaron casi al otro extremo: al de la poesía prosaica —por prosa y por prosaico—, que muchos no entendieron en este libro de punta de lanza. Esta poesía sonó descarriada, como la de *Suenan timbres* hacía 47 años. Y María Mercedes —he tenido la impresión— retrocedió después un tanto. Su último libro, *Tengo miedo*, de 1983, también es impúdico, todo lo dice con una hondura sin medidas, con énfasis, pero ha buscado ser poético (ser lírico, como les gusta en nuestro país), aunque su mundo sigue siendo el sentir urbano de fines de siglo XX, instrumentado por el cine, los comerciales, la prensa, la cultura de los medios de comunicación, las luchas internacionales, la marginalidad de la mujer.

No es esta una de las modalidades más trajinadas por nuestros poetas.

- d. *Pedrerías y abalorios.* En consonancia con la tradición poética colombiana, apoyados en autores como Paz y Borges, una

abundantísima producción de esta gran generación ha recalcado hasta la desesperación (sobre todo la de nosotros sus lectores) su devoción por las filigranas y los oníricos destellos, por las elucubraciones intimistas y las lágrimas inútiles, por la inabordabilidad del yo y por la insensatez de sus particulares penas. Todo dicho a la altura de sus maestros —ya quisieran ellos—, y sin ninguna eficacia estética. Son poemas versos, y versos palabras, y palabras fonemas. Como decir, suspiros. El mundo no existe; existen ellos, que son el mundo. El poema son ellos, y en ellos está la salvación (o la condena). Es el poema romántico, sin la tragedia del romanticismo. En fin, el más desueto anacronismo. No son siquiera poemas metafísicos. Quieren expresar su incapacidad de enfrentar el mundo, y resultan incapaces de expresarse en poesía. La falta de aire en sus interiores —pues son intimistas, y todos tenemos el derecho a serlo— los vuelve monótonos. La falta de luz (o de pasión) los ha oxidado y solo se oye el chirrido molesto de sus ventanas. Resumen trascendencia a la manera de quienes finjen la modestia. Devaluaron palabras hermosas como sueño, memoria, fantasmas, espejos y sabiduría. Empequeñecieron el mundo. Y fue el peor lastre de la poesía de estas dos décadas.

Desde luego, bajo esta nota encontramos verdaderas excepciones, maestros del murmullo y el aforismo, del intimismo y la talla preciosa. Cómo no recordar poemas de García Maffla, de Mariela Zuluaga, de José Manuel Arango, por ejemplo.

- e *Calles y nostalgias*. Con algunas similitudes a la anterior, se produjo una poesía volcada al exterior, con una óptica tamiada de nostalgia. Abuelos, fincas, calles, nombres, plantas, escaleras, montañas, balcones, portones, amigos, canciones, juegos, muchachas, ríos, tíos, caballos, buses, un universo que mordía lo urbano y lo rural, con una gran sensibilidad y respeto por el pasado. ¿Qué produce esa mirada hacia atrás?. ¿El placer del pasado?. ¿Amaneramientos románticos o modernistas?. ¿La fatiga del presente?. ¿La marginalidad política?. Con andadura de prosa poética, la más de las veces, estos autores quisieron aferrarse a algo, que por lo pronto no pudo ser otra cosa que sus recuerdos. Y si no fuera por la recurrencia de la nostalgia —que a veces enferma, si no es sincera—, yo diría que de ellos quedaron magníficos poemas, así se emparenten —por momentos— con aquella poesía fú-

nebre que nos ha aplastado y nos ha aislado de la poesía latinoamericana. Entre sus mejores representantes pueden citarse, Darío Jaramillo, Helí Ramírez, Víctor Gaviria, Tomás Quintero, así las tonalidades, entre ellos, varíe.

- f. *Un poco de humor.* Frente a las tres efes de nuestra poética tradicional, tuvimos asomos de humor por los caminos de la ironía, de la sátira, de la greguería, del simple chiste. Fue siempre en poemas, no en libros completos, pero en mayor intensidad si lo comparamos con épocas pasadas. Se quebrantó la muy discutible tesis de algunos críticos según la cual el humor está reñido con la buena poesía, olvidando que él hace parte de toda subjetividad humana. Quienes se refirieron a los estropeados valores de la urbanidad o a los enajenados modales de la cultura de consumo, lo hicieron con humor. Otros, como Alvaro Miranda, han construido con humor y alegría —apelando, incluso, a los mundos discursivos arcaicos— una particular cosmovisión de la historia americana: su último libro, *Los escritos de Don Sancho Jimeno*, es el mejor testimonio. Y algunos más, como José Luis Díaz-Granados, Elkin Restrepo, Juan Manuel Roca, Roberto Montes, Rubén Vélez, han recurrido al contrapunto, al aforismo, al apunte, que no faltan en una sociedad donde la picaresca sigue escapándose a los escritores empeñados en verlo todo con la lobreguez de sus lentes.
- g. *Del erotismo.* Tampoco ha sido un fuerte de nuestra poesía el erotismo. Por esa razón a Gaitán Durán le debemos un monumento. En este gran grupo generacional, las mujeres escribieron poemas ejemplares. La poesía femenina (como se dice cuando quiere significarse que ha sido escrita por mujeres) cambió en estas décadas, y una de sus nuevas y mejores aproximaciones fue el de la poesía erótica (que también fue abordada por algunos a lo Kavafis, con los resultados de toda epigonía). Pueden citarse los casos de MM Carranza, Orietta Lozano, Anabel Torres, Mónica Gontovnick. El espacio textual se convierte en un tejido de sensaciones que provienen de las simas de la piel o de los destellos de una imagen erótica. Sin gritos románticos, con lentitud apasionada, algunas veces con humor, sin sentimientos de culpa y con una libertad inusual, ellas han poseído —al desnudo, sin retóricas— nuestra poesía.

h. *La metaliteratura*. Con mayor intensidad que antes, nuestros poetas han escrito en la carne de otros poetas, y han interpretado la vida de otros autores, han saqueado los cuadros de pintores amados, han recreado las mejores películas, se han confesado con las actrices lejanas, han invocado los espíritus de grandes compositores musicales. Puede ser una manera de reemplazar la inmediata realidad. Siempre hay una causa en el arte, lo que es indeterminable es la clase de reacción que ella produce. La realidad del Frente Nacional alejó al escritor colombiano de su *propio* mundo poético, y lo acercó al del arte y la cultura de otros universos (que ya son nuestros, además). Ejemplos se encuentran en varios poetas, entre ellos, Darío Jaramillo, Luque Muñoz, Roca, Cobo, Carranza; y en el último libro de Elkin Restrepo, *Retrato de artistas*. Algunos como Santiago Mutis han escrito sus mejores poemas dentro de esta modalidad, por ejemplo: "Noche del cinco de mayo" (sobre Oquendo de Amat).

i. *Caballos y lunas rojas*. Sobre la i de este ordinal vino a poner la tilde de la inconformidad un grupo de poetas al terminar la década del 70. Samuel Jaramillo así lo consignó en su ensayo sobre las "Cinco tendencias en la poesía post-nadaísta en Colombia"<sup>6</sup>, donde él llamó a su tendencia "la poesía de la imagen". Es un grupo interesado por la "situación histórica de su generación" y que en lo formal tomó sus primeras armas del arsenal surrealista. Tuvo sus antecesores en Eduardo Gómez y sobre todo en Henry Luque (entre los colombianos), y sus principales representantes en Juan Manuel Roca, el mismo Samuel, Edmundo Perry, Raúl Henao, Rafael Patiño, y muchos más, después, en los nuevos grupos de Medellín. Ellos, con el entusiasmo de Roca, produjeron en los ochentas, lo que la Carranza, sola, pudo hacer en el 73. Y como Roca es roca, por eso mismo, alrededor de él se constituyó toda una iglesia de poetas que a cada momento arrastran caballos desbocados y macilentas lunas rojas. Solo que Juan Manuel evolucionó, al contrario de sus seguidores y de otros (de otros grupos) que involucionaron en este período, reelaborando su lenguaje y sus imágenes, transformando su propio reino en algo que lo ha convertido, sin dudas, en gran ídolo de las

---

6. Cfr. en "Gaceta", Publicación Literaria de la Universidad de Antioquia, No. 5, abril - mayo de 1980, s/p.

juventudes. Hoy no le pueden criticar dependencias surrealistas, porque Roca ha saqueado —a lo Villon, a lo Rimbaud, a lo Vidales, como *Los ladrones nocturnos*— a todo el mundo, a poetas, novelistas, pintores, filósofos, académicos y camajanes, y ha construído no solo su propio reino sino, también, su *Fabulario real*; porque lo fabuloso para Roca no es lo "remoto, irracional, situado en el ayer", sino, como lo afirmara el indiano de Carpentier en *Concierto barroco*, lo que está en el futuro: "Todo futuro es fabuloso".

#### 4. Presente en futuro

Uno de los poemas del libro del último Premio de la Universidad de Antioquia, de Alberto Vélez, puede ser el mejor retrato (así se llama el poema, "Retrato", publicado en "Magazín Dominical" de *El Espectador*, 14 - XI - 82) de esta generación del Frente Nacional:

"Soy éste y el mismo repetido infinidad de veces. Carezco de corazón y patria. Mi voz anda leprosa como yo mismo. Y aún así amo la vida como un próximo ahorcado. Me repito. Deambulo una y otra vez por mi sangre hasta el hastío. Soy hostia y llaga. Los que viven entienden".

Alberto Vélez nació en 1957, pero el tono, los elementos de su poesía, su tendencia, son los mismos de la poesía de hace cien años, cuando ya comenzaba a repetirse en sus lamentaciones.

En un prólogo, Cobo Borda escribió: "Como el país, también la poesía colombiana resulta pobre. Pobre en recursos. Pobre en imaginación" (*Album de poesía colombiana*, Bogotá, 1980). En un año había olvidado el epígrafe puesto a su *Album de la nueva poesía colombiana*. El país jamás ha sido pobre ni en recursos ni en imaginación. Ha sido menos rica su poesía, es cierto, pero no es culpa del país; podría serlo de quienes se han empeñado en mantener a los poetas en el limbo, y repitiendo con los mismos instrumentos las mismas tristes tonadas. Un poeta de la costa norte, muy joven, Joaquín Mattos-Omar, escribió en el "Suplemento del Caribe", Barranquilla, 26 - IX - 82, este verso que es parte de su poema "Temas del abandonado": "Los únicos sitios seguros en este reino parecen ser el llanto y, en mayor y mejor grado, la muerte". Y así, son interminables los poemas del norte y del sur, del mar y la

montaña, de ayer y de hoy. Con el agravante de que a la quejumbre tradicional, le hemos sumado la monotonía de los espejos y la somnolencia de los sueños y la nostalgia epidérmica.

Algo primordial por recuperar —y pueden hacerlo los buenos poetas que he ido insinuando— es la comunicación entre el poeta y el mundo que lo rodea; no me refiero ni al lector ni a la participación política del autor. Me refiero a que el llanto no se entiende solo, a la manera onanista, ni la queja, ni la ironía, ni la alegría, ni la protesta, sino saliendo al encuentro del mundo, abrazándolo o rechazándolo, recuperándolo de alguna manera. El poeta debe olvidar las recomendaciones "líricas" —incluido el absurdo de rechazar el humor en la poesía, como lo hiciera Andrés Holguín—, y sentir alguna vez el pavimento caliente de la calle o la oscuridad fría de una persiana. Debe quitarse la venda que lo obliga a hablar sólo de él mismo, y que durante siglo y medio le hizo perder la perspectiva del universo circundante. ¿Por qué nuestros muchachos no tienen sensibilidad para admirar el vuelo de un Jumbo, y en cambio lloran sobre un prado encendido de rosas? ¿A cuántos años de *Suenan timbres* o de *Altazor* pensarán hacerlo?

No se trata de uniformar la poesía, que uniformada está. No se trata de hacer poesía política de izquierda para empatarle a los de derecha. No se trata de hacer más poesía exteriorista, que si se hace por oposición a la intimista, saldríamos al mismo escenario. No queremos poesía cotidiana —todo se vuelve cotidiano— a la medida centroamericana o norteamericana, ni queremos extroversión grosera en la poesía. "Cada poeta establece un reino propio, regido desde el fondo de su sangre por todos sus poderes conscientes e inconscientes", dijo Enrique Molina. Necesitamos que se escriba sobre nuestras propias aventuras y desgarramientos, que los poetas se revuelquen en la tierra y se estrellen a la luz del día. Pongámosle pegante a la poesía, música nueva —no la misma letanía—, centros de fuga, focos de interés, y pensemos no solo en los poemitas de desagravio al alma aturdida. No justifiquemos versos como este: "Entonces me pregunto si soy un poeta de este tiempo", porque el tiempo es irremplazable. Ni esperemos tanto como en estos versos: "Apenas puedo pretender la espera, apenas puedo desear la calma", porque vivimos en un siglo donde nadie espera a nadie. No sigamos escribiéndolo todo muy bien pero con una pereza de empleado marcando tarjeta el lunes a las 8 de la mañana.

La poesía joven de estas dos décadas deja una decena de buenos libros y varios poemas de recordar. Pero, el lastre de lo fúnebre, de lo fatuo y lo funesto, sigue imponiéndose. Permanece, repito, empobrecida, no por el país, al cual le ha dado la espalda, sino por su letal egocentrismo y amaneramiento esnobista. Mientras tanto, seguiremos en la retaguardia de la poesía joven latinoamericana, como, en efecto lo estamos.